

Hugo Bouter

Una introducción a las ofrendas levíticas

Levítico 1-7

Dos grupos de dos sacrificios

Entre los sacrificios levíticos pueden distinguirse cuatro tipos principales: holocaustos, ofrendas de grano, ofrendas de paz y ofrendas por el pecado (Lv 1-5). La Escritura ofrece otra clasificación en el Salmo 40, que habla proféticamente de la venida de Cristo y de Su obra. Él ha cumplido la ley y es el fin de la ley (Mt 5:17; Ro 10:4).

Su obra expiatoria constituye la plena realidad de los sacrificios ofrecidos bajo la antigua alianza. Los cuatro tipos principales de sacrificios se describen aquí de la siguiente manera: sacrificio y ofrenda (de grano), holocausto y ofrenda por el pecado (Sal 40:6). El Nuevo Testamento utiliza la misma disposición, ya que Hebreos 10:5-9 hace referencia a esto y utiliza este orden. Para representar la versatilidad de la obra de Cristo se necesitaron cuatro sacrificios diferentes, al igual que se necesitaron cuatro evangelios distintos para describir la gloria de Su Persona.

Estos cuatro tipos principales pueden dividirse en dos grupos de dos sacrificios. Los dos primeros grupos eran conocidos como «ofrendas de comida», y los dos últimos como «ofrendas expiatorias», sacrificios necesarios para la expiación. En las ofrendas de comida, el israelita renunciaba a parte de su alimento para dárselo a

Yahveh y a los sacerdotes. La ofrenda de paz tenía, en realidad, el carácter de una comida común en la que participaban tanto Yahveh como el sacerdote, además del propio israelita. Esta ofrenda tipifica el sacrificio de Cristo como fundamento de una comunión pacífica entre Dios y su pueblo, y también de la comunión entre nosotros como hijos queridos de Dios. Nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1Jn 1,3).

La ofrenda de grano constituía un sacrificio incruento y, por lo tanto, un reflejo de la vida perfecta y entregada de Cristo aquí en la tierra, como Hombre, a Dios, que terminó en Su muerte sacrificial, y en esta culminó también Su devoción a Su Dios y Padre. Según las leyes sacrificiales del Antiguo Testamento, nunca se ofrecía un holocausto sin acompañarlo de una ofrenda de grano. Del mismo modo, el valor de la muerte sacrificial de Cristo se fundamenta en Su humanidad pura. Fue este Hombre único quien derramó su vida en la muerte, lo que le otorgó un valor especial.

Los otros dos sacrificios, el holocausto y la ofrenda por el pecado, eran ofrendas para las sendas expiaciones de la persona y de los pecados de quien las presentaba. El holocausto se ofrecía enteramente a Dios sobre el altar, y su suave aroma subía a Dios. Este sacrificio constituye una imagen de Cristo como Aquel que se ofreció enteramente a Dios en la cruz como aroma fragante (Ef 5:2; He 9:14). Como contraste, de las ofrendas por el pecado toda la grasa se llevaba exclusivamente al altar del holocausto, que se encontraba en el atrio de la tienda de reunión.

La santa cólera de Dios hacia el pecado se expresaba en las leyes de los sacrificios mediante la prescripción de que las ofrendas por el pecado, cuya sangre se introducía en el santuario, debían quemarse totalmente fuera del campamento. Así que Cristo sufrió en absoluta soledad el fuego del juicio de Dios. La ofrenda por la culpa era, en realidad, una forma especial de la ofrenda por el pecado; en este caso se trataba de cómo se podía restablecer la relación con Dios, o con el prójimo, tras la apropiación indebida de una propiedad. Las consecuencias del fracaso se redimían mediante una ofrenda por la culpa y el pago de una amplia compensación.

La relación con los salmos y los evangelios

Es interesante que los salmos del Antiguo Testamento y los evangelios del Nuevo Testamento también arrojen luz sobre los sacrificios levíticos. El aspecto del holocausto de la obra de Cristo se presenta, en primer lugar, en el Salmo 40. Él vino con el propósito especial de cumplir la voluntad de Dios. Quería glorificarle aquí en la tierra, donde el pecado del hombre había deshonrado a Dios. Con este fin, se

ofreció a sí mismo voluntaria y completamente: «Me complace en hacer tu voluntad, Dios mío, y tu ley está en mi corazón» (Sal 40:8; He 10:7).

También encontramos esta faceta de la obra de Cristo, es decir, el aspecto del holocausto, en el evangelio de Juan. La voluntad del Padre para Cristo implicaba que este entregara Su vida, pero Él también tenía el poder de cumplir este mandato y volver a tomar Su vida después (Juan 10:17-18). Así, nuestro Señor cumplió la voluntad divina, glorificó al Padre en la tierra y terminó la obra que Él le había encomendado (Juan 13:31; 17:4; 19:30).

El aspecto de la ofrenda por el pecado de la obra de Cristo se menciona en el Salmo 40 (vv. 6-12), pero tiene que ver más con el tema del Salmo 22. Allí vemos Sus sufrimientos cuando Dios tuvo que abandonarle en las tres horas de oscuridad en la cruz, convirtiéndole en el Portador del Pecado, y tuvo que esconder Su santo rostro de Él (Sal 22:1-2). Cristo fue hecho pecado por nosotros y experimentó la muerte del pecador. Dios lo puso entonces en el polvo de la muerte, antes de recibir la respuesta divina a todos Sus sufrimientos en Su gloriosa resurrección (Sal 22:15-18).

En el versículo 22 del Salmo 22 se produce el gran giro. La segunda parte del salmo describe los gloriosos resultados de la obra de redención (Sal 22:22-31). Vemos las ricas bendiciones para (a) la iglesia, (b) el pueblo de Israel, y (c) las naciones en el Reino venidero. Cristo habita ahora en medio de los redimidos, llamándolos Sus hermanos, y eleva el himno de alabanza a Dios. Declara el nombre del Padre a los Suyos. Este es el privilegio especial de la Iglesia, reunida de entre los judíos y las naciones en el momento del rechazo de Cristo (Sal 22:22; Juan 20:17; He 2:12).

El Salmo 69 destaca por ser una ofrenda de culpa de la obra de Cristo: «Aunque no haya robado nada, debo restituirlo (...). Mis pecados no te son ocultos» (Sal 69:4-5). Pero fue una culpa extraña la que Él cargó, la culpa de los muchos por quienes hizo de su alma una ofrenda por el pecado (cf Is. 53:10).

El Salmo 85 puede relacionarse con la ofrenda de paz. Porque Dios habla de paz a Su pueblo y a Sus santos, porque todos Sus deseos se han cumplido: «La misericordia y la verdad se han encontrado; la justicia y la paz se han besado» (Sal 85:10-13). Sin embargo, el Salmo 118 también se considera el salmo de la ofrenda de paz. Aquí vemos la comunión pacífica entre Dios y Su pueblo en el día que Yahveh ha hecho.

El Salmo 16 es, en especial, el salmo de la ofrenda de grano. Aquí encontramos la pura humanidad de Cristo y Su perfecta devoción a Su Dios y Padre. Este tema hace hincapié en el Nuevo Testamento, en el evangelio de Lucas. El evangelio de Marcos

corresponde a la ofrenda por el pecado, el evangelio de Mateo a la ofrenda por la culpa. Por lo tanto, vemos que las Escrituras son unitarias y dan testimonio de la maravillosa Persona de nuestro Señor y Salvador, así como de la obra que ha realizado en la cruz del Calvario (Juan 5:39). Los sacrificios del libro de Levítico constituyen un tema excepcional, y ciertamente en el mundo de habla inglesa hay mucha literatura disponible para su estudio¹.



¹ *Notas sobre el Pentateuco* (C.H. Mackintosh); *Las ofrendas del Levítico* (W. Kelly); *Las ofrendas levíticas* (H.A. Ironside). Títulos disponibles solo en inglés [NdeIT].